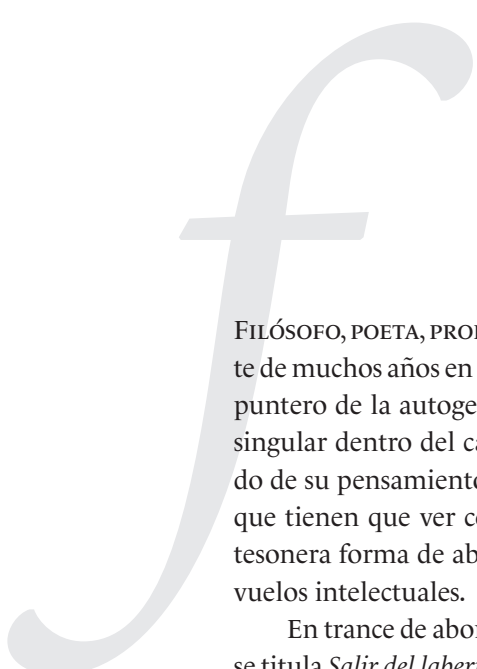




Palabra y mito en Enrique González Rojo

Evodio Escalante



FILÓSOFO, POETA, PROFESOR UNIVERSITARIO, INTELLECTUAL CRÍTICO, militante de muchos años en organizaciones tanto marxistas como paramarxistas, puntero de la autogestión, Enrique González Rojo (1928) es una figura singular dentro del campo cultural mexicano. Singular por el entramado de su pensamiento que se ha vertido en más de una decena de libros que tienen que ver con la teoría de la lucha de clases, así como por su tesonera forma de abordar el poema como un aparato barroco de altos vuelos intelectuales.

En trance de abordar su más reciente publicación, un libro doble que se titula *Salir del laberinto/Empédocles* no me queda más remedio que subrayar su perfil único, fuera de serie, de cierta forma inclasificable. Aunque ha pasado a la historia de la literatura mexicana como uno de los animadores de la vanguardia “poeticista” en la que formó filas durante los años cincuenta al lado de Eduardo Lizalde, Marco Antonio Montes de Oca, Arturo González Cosío y Rosa María Phillips, lo cierto es que un cierto sentido de la desmesura, así como una manera de construir los versos recurriendo a un peculiar “prosaísmo metaforizante”, o una “metaforicidad prosaica”, si lo puedo decir con un oxímoron, han sido desde el principio y lo siguen siendo hasta el día de hoy una de sus marcas de fábrica que nos permiten distinguirlo de los demás. Este exacerbado individualismo de la expresión es de cierto modo un reto al lector pues lo obliga a cambiar o modificar sus expectativas. Me parece definitivo que un poema de Enrique González Rojo no puede leerse de la misma manera en que se lee un poema de Xavier Villaurrutia, de Rosario Castellanos o de Francisco Hernández, por decir algo.

En un libro acerca de la lectura de textos narrativos, Umberto Eco ha formulado una especie de axioma que resulta imprescindible: “la competencia del destinatario no coincide necesariamente con la del emisor”. Expresado de otra manera, los hábitos y las expectativas del lector no siempre están en sintonía con las del autor respectivo. Un autor como González Rojo obliga a una torsión, a un proceso de “adecuación”, a una cuota de peaje que el lector debe cubrir si quiere continuar su paseo por el texto. Ahí mismo, en *Lector in fabula*, el propio Eco añade esta aguda observación que suscribo: “Un texto no sólo se apoya en una competencia,

también contribuye a producirla”. La competencia lectora que exigen ciertos textos no está dada de una vez y para siempre, al contrario, implica un proceso de sucesivos ajustes. Sumergirse en el río obliga a ir descubriendo sobre la marcha sus características. Sólo así el nadador puede sobrevivir a la corriente.

Numerosos libros de poesía ha publicado González Rojo, entre ellos, *Para deletrear el infinito*, *Apolo musageta*, *Confidencias de un árbol*, y el siempre recordable *Discurso de José Revueltas a los perros del Parque Hundido*. A contrapelo de cierta tendencia “artepurista” e incluso simbolista —que entiende que la anécdota es incompatible con la poesía— González Rojo muestra desde el principio una predilección por el arte de contar historias. Gran parte de su poesía despliega sin el menor rubor cualidades narrativas que la aproximan y que incluso la confunden con el relato, con el cuento de hadas, y a mayor decir, con el mito, como es el caso que nos ocupa. Hay que decir que la castigada idea de un poema desprovisto de anécdota o de hilo narrativo, tan difundida entre nosotros, es un poco exagerada y por lo mismo falsa. Ni siquiera *El cementerio marino* de Valéry o el famoso *Soneto en ix* de Mallarmé, máximos ejemplos de “poesía pura”, prescinden en rigor de la anécdota. Algo sucede en estos textos, así sea la aparición de unos astros en el espejo de la amplia habitación o las distintas elucubraciones que sugiere el hecho de haberse trasladado el poeta a un cementerio que se ubica a la orilla del mar.

Al publicar *Salir del laberinto / Empédocles*, González Rojo retoma una fórmula literaria que ya había utilizado en su primer libro, *Dimensión imaginaria* (1952). Se trata en estricto sentido de un retorno a los orígenes, con todo lo radical que esto pueda parecer. En efecto, *Dimensión imaginaria* sorprendió a los lectores de la época no sólo por el toque neogongorino de este avanzado del poeticismo que era González Rojo, sino igualmente porque el libro constaba de un solo poema que no hacía sino contar en forma moderna las aventuras de Pulgarcito. Estamos ante el arte de tomar una historia ya hecha y conocida por todos, para

aderezarla con nuevas imágenes y pensamientos de modo que la leyenda infantil adquiriera un nuevo significado. En odres viejos, colocar vino nuevo. Esto es lo que sucede tanto con *Salir del laberinto* como con *Empédocles*. El viejo mito del laberinto de Creta, construido por Dédalo donde Minos hizo encerrar al Minotauro, es reciclado por el poeta para hablar de los problemas que aquejan a la sociedad contemporánea. González Rojo comparte con su amigo y camarada de muchos años José Revueltas esta obsesión por el mundo carcelario. Tanto Revueltas como González Rojo piensan que estamos presos. A diferencia de los neoplatónicos, no dirían que el cuerpo es la cárcel del alma; dirían que una sociedad que necesita cárceles para mantener encerrados a los llamados delincuentes es ella misma una cárcel, gigantesca y quizás invisible, que no deja de oprimirnos.

Quizás no sería desmesurado llamar a González Rojo un marxista libertario. Revueltas mantuvo siempre una admiración incondicional por los hermanos Flores Magón, que mezclaron comunismo y anarquismo. El primer libro que yo leí de Enrique González Rojo, y lo hice, si la memoria no me falla, en una de las salas de la Biblioteca Nacional, entonces ubicada en la calle de República de Uruguay, fue su tesis nunca publicada acerca del anarquismo mexicano. Al igualitarismo y a la abolición de las clases sociales, los anarquistas ponen en primer término el ejercicio de la libertad. Por eso se les conoce igualmente como “libertarios”. El símbolo del laberinto resulta entonces crucial porque se trata de una cárcel sin salida y que nos mantiene presos todavía hoy. El asunto es siniestro: una vez que alguien penetra no puede salir. Un aliento de libertad circula por las vértebras de este libro que no duda en afirmar: “El laberinto es el origen del conjunto de prisiones/ que registra la historia”.

No me cuesta ningún trabajo observar que *Salir del laberinto* es un libro de tesis. Por eso encontramos:

Minos, y con él, los poderosos todos,
construyeron mazmorras,

crujías,
apandos,
para la rebeldía,
para los pechos en llamas,
para las sienes doblegadas,
para las manos que corren a ser puños.

Si la parte más inspirada —y más trágica— de él tiene que ver con la escapatoria de Ícaro (“Aleteó el tiempo indispensable/ para saber que el cielo/ le pertenecía/ y que en un solo salto, pero deificado por el vuelo,/ podía deshacerse de los grilletes/ del laberinto”), la solución histórica que propone el poeta reside en la pareja a la que se concibe como la célula primordial del cambio que necesitamos: “No se trata de dejar de ser un tú o un yo,/ sino de continuar/ siendo lo que somos/ pero tocando la música de la existencia/ a cuatro manos.”

IncurSIONAR en el poema didáctico no es de modo forzoso un pecado literario. Sin desconocer que uno de los textos más célebres de Hölderlin es *La muerte de Empédocles*, González Rojo construye en torno a este mismo personaje un largo poema meditativo que es, primero que nada, una biografía del filósofo, desde su infancia hasta su suicidio cuando —según el relato legendario— se lanza al cráter del Etna. En el camino, y en segundo lugar, González Rojo aprovecha para diseccionar el pensamiento cosmológico de cuatro grandes filósofos pre platónicos, entre los que están Tales de Mileto, Anaxímenes, Heráclito y Jenófenes, en la medida en que Empédocles habría tomado de ellos las “cuatro raíces” o cuatro elementos de su filosofía, realizando una suerte de síntesis superior en la que intervendrían el odio y el amor como tendencias generadoras de todo lo que existe.

Fino conocedor de la historia de la filosofía, una filosofía, como es el caso, que solía escribirse utilizando la métrica y el verso, González Rojo despliega un discurso eficaz para destacar las aportaciones de éste que parecería haberse vuelto su filósofo de cabecera. Empédocles, una mezcla de hombre y dios, logra una suerte de síntesis suprema: funde en un todo complejo

el saber pitagórico y la ontología de Parménides con la cuádruple raíz tomada de Mileto, Anaxímenes, Heráclito y Jenofonte. Médico, inventor de la curación por medio de palabras, piensa que pensamos con la sangre y con el corazón. Según Aristóteles, él fue el inventor de la retórica. Introduce el azar y esboza una teoría de la evolución. Y, sobre todo, encuentra que el Amor y la Discordia son las dos fuerzas motrices que lo mismo mezclan que separan a los elementos de que está hecho el universo. Este Empédocles aparece de cierta manera como el *alter ego* nada velado de Enrique González Rojo. En efecto, esta descripción de Empédocles le queda al escritor mexicano como anillo al dedo: “Patriarca del bien decir,/ se subía a la tribuna de la elocuencia/ para tutearse con el firmamento/ y tener en el paladar/ vocablos con sabor a infinito”.

Empédocles retoma la figura de la esfera y la propone como la figura filosófica por antonomasia. Si *Salir del laberinto* encontraba en la pareja la célula primordial de una nueva era, *Empédocles*, en la visión que nos propone González Rojo, asume el guarismo insondable del amor como la verdadera solución de todos los males en la tierra: “Amar es desatarle las alas/ al pegaso”. “Amar es dar brochazos y brochazos de pintura azul/ a la atmósfera”. De tal suerte, se impone una nostalgia ascensional: “Hombres y mujeres,/ famélicos de atmósfera,/ sintiendo que su aletear, nervioso y desplumado,/ no los conduce a conquistar la altura,/ sino el ridículo,/ envidian a los cóndores/ que saben picotear el firmamento/ y llenarse de infinito las entrañas”. La solución es el amor y el amor es una esfera, la más perfecta de las figuras de la endiablada geometría. Tan perfecta, concluye González Rojo, que es la única figura digna de ser acariciada. De modo dramático, el poema concluye con el suicidio de Empédocles: “Se alejó de todos./ Se puso en la frontera del volcán en llamas./ No dejó ya nunca de tener los ojos clavados en el cielo./ Abrió su corazón,/ aulló como coyote al infinito/ y se arrojó a la vida”. ▲▲